

JUEVES SANTO

«*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*» (Jn 13, 1).

En estos tiempos recios que nos está tocando vivir, y que, como decía santa Teresa, necesitan amigos fuertes de Dios, quizá estas palabras sean más necesarias que nunca. Todos en la vida necesitamos sabernos y sentirnos amados, y creo, de verdad, que todos necesitamos sabernos y sentirnos amados por Dios, el Dios, *apasionado* por la vida, que, para darnos vida, por amor, solo por amor, nos entregó a su propio Hijo: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 16-17). “Tanto amó...”, una bella descripción de Dios. Su reinado, nos lo mostró Jesús, es su compromiso amoroso en favor de todos los hombres, vida afirmada frente a todo lo que la niega y también, como estamos celebrando, reclamada por amor. Frente a lo que algunos preconizan, no ama el dolor, ni el sufrimiento, ni la violencia. Al contrario, los va a combatir hasta el final, aunque ello le suponga padecer en sus propias carnes dolor, sufrimiento y violencia.

Nuestro mundo, nuestra gente, nosotros mismos, necesitamos sabernos y sentirnos amados por Dios, por un Dios que nos amado hasta el extremo en Jesús; que nos ama a través de muchas personas y que quiere amar a través nuestro, de nuestro cuidado, de nuestro afecto, de nuestra capacidad de servir y de ayudar a los demás, de hacer el bien, de trabajar por una sociedad más justa, humana y fraterna.

Así nos lo recuerdan cada uno de los gestos, signos y palabras de esta tarde; gestos hermosos que tienen el valor de un testamento, gestos que encierran toda una vida y que expresan perfectamente cómo comprendió Jesús su muerte y su entrega:

1. El primero, *una jofaina, una toalla ceñida... lavar los pies, tarea de esclavos*. Jesús nos amó sirviéndonos. No ha venido a ser servido, sino a servir (Mt 20,28). Se hace esclavo nuestro por amor y nos llama, como decía Pablo, a hacernos esclavos unos de otros por amor (Gál 5,13). “El que quiera ser primero que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9,35). “Lo que he hecho con vosotros, hacedlo unos con otros” (Jn 13,15). Su muerte en la cruz será el servicio supremo, el don total de sí. Lo contemplaremos mañana.

Mas, para amar y servir, debemos reconocernos pequeños, frágiles, necesitados de Dios y de los demás y dejar que el Señor nos lave los pies. No amaremos bien si amamos desde el voluntarismo o la autosuficiencia. Confortamos, cuidamos, sanamos con el mismo amor con el que Cristo nos conforta, cuida y sana.

2. El segundo gesto se concentra *en un poco de pan y en un poco de vino*: la Eucaristía, su presencia, su entrega, siempre presente y actual: es mi cuerpo, *entregado por vosotros*; es mi sangre, *derramada por vosotros*. Y, a continuación, un mandato: *haced esto en memoria mía* (cf. *Lc 22,19-20* y par.), hermoso mandato que nos invita a celebrar juntos la memoria del Señor en la Eucaristía y que, ante todo, nos exhorta a ser memoria viva de Jesús, a hacer de nuestra vida un don y partirla por los demás como Jesús partió la suya y partió el pan. Eucaristía y caridad, el pan y la jofaina, van unidas.

3. Por último, un mandato: *amaos... unos a otros, como yo os he amado*, hasta el extremo, sin reservas, con un exquisito cuidado de la fragilidad. Esa es la señal, la marca distintiva del discípulo, de todo cristiano (cf. *Jn 13,34-35*). Mas “nadie tiene mayor amor que el que da la vida por los amigos” (*Jn 15,13*), y también por los enemigos, nos recordará Pablo (cf. *Rom 5,6-11*). Así lo hizo Jesús.

Hoy es el día del amor fraterno, una invitación a recuperar lo esencial de la vida cristiana y de la Iglesia. La única ley que verdaderamente importa es el amor; que, no olvidemos, es más que un sentimiento o un ideal abstracto: ha de ser concreto, palpable, eficaz.

Para todo ello, es necesario *permanecer en Jesús*. Ese es el secreto de nuestra alegría y nuestra fuerza. Son palabras también de una tarde como esta: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo, permaneced en mi amor”. Sólo unidos a Él, la vida, la vida es fecunda (cf. *Jn 15*). No olvidéis que en esta noche Él rezó al Padre por nosotros, por los que creeríamos en Él y le rogó que permaneciéramos unidos, para que el mundo crea (cf. *Jn 17*). Unámonos a Él en la oración y en la entrega, en la comunidad y en la calle.

Termino rogándoos en este día, tradicionalmente sacerdotal, que roguéis por los sacerdotes y por las vocaciones al sacerdocio, tan escasas en nuestra tierra. Rezad por nosotros, para que, con nuestras virtudes y muchas debilidades, seamos fieles servidores de Dios y vuestros. Que el Señor haga fecundo nuestro ministerio.